

# Libros

MARIAS, JULIÁN: *La estructura social. Teoría y método.* Sociedad de Estudios y Publicaciones. Madrid, 1955, 20 × 15, 308 páginas.

Se trata, como indica el subtítulo, de una teoría de la estructura social y de un método adecuado para conocerla y expresarla. Método y teoría se implican y obligan mutuamente: la teoría exige el método, y el método no es más que la aplicación concreta de la teoría. Ambos, teoría y método, se presentan aquí como originales y propios. De ahí la convicción del autor, formulada de varias maneras, de que muchos momentos histórico-sociales hayan permanecido cerrados a nuestra comprensión por falta precisamente de un estudio previo y teórico sobre la estructura social y su modo de definirla. La experiencia de este hecho en un caso concreto ha dado incluso origen al libro, como se nos dice en la nota preliminar: "Este volumen ha nacido de una investigación sobre la estructura social de la España romántica. Las necesidades teóricas de esta investigación empírica obligaron a plantearse previamente y con algún rigor el tema de la estructura social y la cuestión del método requerido para conocerla. Este estudio permite entrar con alguna claridad y precisión en la realidad concreta de cualquier estructura social, pretérita o presente, y, por tanto, de aquella cuyos problemas me llevaron a tener que escribirlo."

La pretensión es, por tanto, bien alta y digna de todo cuidado y atención. Una vez precisado el tema de la investigación (págs. 18-49), se trata de describir teóricamente la consistencia e ingredientes de la estructura social. La sociedad es esencialmente histórica y se articula en su devenir según la dinámica propia de las generaciones. Las generaciones son el presente elemental histórico; los "quienes" y los "pasos" de la historia, los actos del drama en que consiste (págs. 51-79). Una sociedad se define a su vez por un sistema de vigencias comunes. Las vigencias actúan sobre los individuos; son éstos los que tienen que contar con ellas; pero la presión que ejercen es siempre desde la sociedad. La "actuación de las vigencias se ejerce según ciertas líneas estructurales, no de un modo uniforme;

pero lo que llamamos estructura consiste muy principalmente en la disposición, contenido, intensidad y dinamismo de las vigencias". Es preciso, por ende, estudiar con todo detalle el origen, funcionamiento, intensidad, campo de acción, declinación y sustitución de las vigencias en la sociedad. Analizados con toda minuciosidad estos caracteres, se hace ver cómo las vigencias se integran en una estructura social hasta llegar a constituir exactamente un "sistema", sistema de vigencias, que es la definición más precisa de la estructura social (págs. 81-124).

Como vigencias radicales acerca de la realidad y de las cosas están las "creencias" y en grado diverso las ideas y las opiniones. El origen y jerarquía de estas vigencias es muy variado, y van desde las creencias básicas, muchas veces de origen religioso o simplemente recibido, en las que se está, hasta la publicación de las opiniones privadas para que comiencen o puedan funcionar con eficacia en la vida colectiva (págs. 125-178).

A lo largo de todo el estudio se insiste en que una estructura social no está jamás compuesta de elementos quiescentes, sino que está integrada por tensiones y movimientos. Y así como en toda vida humana hay un "proyecto" vital propio e inalienable de cada persona, así también hay una pretensión colectiva" —"concepto ambiguo y lleno de dificultades"— de cada sociedad y momento históricos. La vida humana es "faena poética", como decía Ortega, y en este sentido también la pretensión común tiene su mejor testigo y expresión en las "novelas", como delatoras del "esquema" vital en que se enmarcan, y que acusan en su intención y trama, y singularmente en el "desenlace", como respuesta a una expectativa de cada lugar y cada época. En todo caso, la noción de "felicidad media" en una sociedad y momento determinados ha de entenderse siempre con relación a esa previa y subyacente pretensión colectiva (páginas 179-199).

Los dos últimos apartados se dedican a estudiar "El poder y las posibilidades" y "las relaciones humanas". En el primero se atacan los temas de la relación entre la sociedad y el Estado, el Poder público y las fuerzas sociales, el sistema de los usos, la estructura económica de la sociedad, las clases sociales y su perfil histórico, etcétera (págs. 201-251). Y en el segundo se discurre sobre los modelos vitales como imagen o "ejemplaridad", sobre el amor, el matrimonio, la familia, la amistad, etc., para cerrar el libro con "la perspectiva de las ultimidades", las diversas actitudes vitales ante la muerte y su interpretación (págs. 253-308).

Este resumen ultraesquemático no puede dar una idea exacta del libro; pero basta que nos la dé de su marcha interior y temática. Según el pensamiento del autor, expresado en otros lugares (cf. *En-*

*sayos de teoría*, pág. 40), se trata, sin duda, de su segundo libro, y de ahí el que nos lo ofrezca, desde la primera línea, como “problemático en tercera potencia”. Yo creo que bastaría con que lo fuera en segunda, toda vez que se parte en mucho de una doctrina recibida, aunque muy inmediatamente, o bien ya elaborada en otros estudios. El autor nos remite con frecuencia a su *Introducción a la Filosofía* y a otros trabajos suyos, como *La vida humana y su estructura empírica*, *El método histórico de las generaciones*, etc., y, sobre todo, a la base hontanal de Ortega.

Lo que sí veo problemático en esa potencia es el juicio que pueda darse sobre él. ¿Ha de hacerse, únicamente, como es norma, en función de la pretensión del autor? ¿No debe juzgarse la pretensión misma? ¿No debe medirse la verdad de los fundamentos de esa pretensión? Dejemos así erguidos estos interrogantes, resistiendo a su incitadora tentación. Para responderlos tendríamos que acumular muchos detalles, aventurar la medida de algunas hipérboles y determinar lo que importan en filosofía la admiración, la ingenuidad y el problematismo, cosas de extremado volumen para una reseña. Apuntemos, para dejarlos, que el autor llena cumplidamente su cometido, y ateniéndose a él logra poner a buen rédito toda una hacienda filosófica y un ancho campo de seria formación humanística.

Sobre este dato general quisiéramos añadir únicamente dos aclaraciones. La primera es sobre el carácter radicalmente histórico de la sociedad tan enérgicamente subrayado en el texto. Ese carácter es desde luego esencial e inquestionable, y su descripción y aplicaciones están hechas con exactitud y lucidez. No obstante, yo echo de menos, frente a ese subrayar enérgico de lo histórico, la desvelación de su costado más profundo, que es exactamente su connotación a la eternidad. Toda dimensión histórica está mantenida por su referencia a lo suprahistórico. Al igual que es condición estructural del hombre el estar radicalmente abierto a los demás y a las cosas, es condición primaria estructural de la sociedad su abertura constitutiva a lo suprahistórico. Y lo que es pura ontología llega incluso a vivirse, con más o menos conciencia, en determinadas situaciones. Es, por tanto, una amputación o incomprendión de la historicidad misma sustituir su connotación a lo eterno por la simple futurición o su “pretensión” actual por la simple presencia del pasado histórico. Y el no subrayarlo con la misma energía puede inducir a inexactitudes. El tiempo “tiene calidad y estructura”, como dice el autor; pero es primariamente porque lleva en su más oculta entraña la compresencia de la eternidad, en función directa de la cual puede hablarse de presentes-pasados y presentes-futuros, como modos

constitutivos de la historicidad. La historia es un sistema; pero, justamente, un sistema de referencias.

La segunda es sobre las “creencias”. El autor nos previene con una distinción, para evitar, desde luego, complicaciones. “... Me parece sumamente peligroso pensar en las creencias religiosas cuando se investiga la realidad de las creencias; porque aunque sin duda existen creencias religiosas, una gran parte del contenido de la religión no son creencias en el sentido técnico que aquí damos a la palabra” (pág. 129). “Las creencias son las formas más profundas y elementales de inclusión de las diversas realidades en la vida; son las grandes interpretaciones funcionales de lo real” (pág. 130). Con todo, el lector religioso de estas páginas se encuentra a veces un poco incómodo, como, por ejemplo, al hablar de la “volatilización” de las creencias mediante la “ideificación” de las mismas. Y ello nace de que las precisiones apuntadas no se conservan al través del análisis planteadas con la suficiente claridad. La incomodidad nace de la confusión. De hecho, el contenido de la fe está integrado *también* por creencias en el sentido técnico que aquí se les da, y por ello habría que atenernos a la dialéctica que aquí se les asigna. ¿Cómo compadecer, entonces, desde una posición cristiana, la posible volatilización de las creencias mediante la “ideificación”, con el ímpetu incoercible de la fe profunda que quiere vivirse integralmente? ¿Es que aquí la razón no es vital? ¿Es que la “*fides quaerens intellectum*” que ha presidido y funcionado como exigencia religiosa en las mentes más preclaras de los siglos de fe era un esguince peligroso de disolución? Evidentemente, la apologética tiene sus peligros, sobre todo mal llevada, como nos ha ocurrido en tristes cruces históricos; la fe no se construye ni se apuntala con razones. Pero también los tiene, y tal vez más graves, la fe propia del carbonero cuando ha de ser vivida por quien no es carbonero. Lo que se dice (pág. 146) sobre la intervención de las ideas cuando un sistema de creencias comienza a quebrantarse, no podrá tampoco aplicarse para invalidar estas preguntas.

Y, por fin, una última palabra sobre “la perspectiva de las ultimidades”. La figura total de la vida se organiza según una previa, a veces inexpresa, pero siempre vigente, interpretación de la muerte. Es una constante variable con la que siempre hay que contar. El autor ha apuntado con acierto a la poesía como una de las expresiones más concretas y humanas de esa interpretación. Tal vez el lector actual desearía todavía más insistencias sobre el tema para aclarar un poco su conciencia escatológica tan agudizada en el presente. Pidiendo una descripción completa habría que apelar también a otra manifestaciones del arte —música, pintura, escultura—, ya que

los artistas son los testimonios primarios, como en poesía, de ese latido del tiempo con que se vive la anticipación de la muerte.

Por todo ello, yo quisiera expresar una alabanza, una invitación laudatoria, al decir que el libro está sin terminar, que debe ser perfeccionado o completado, y que, por lo tanto, sigue abierto lo mismo para el autor que para los lectores.

RAMIRO FLÓREZ, O. S. A.

NORRIS COCHRANE, CHARLES: *Cristianismo y Cultura Clásica*, traducción de José Carner, México-Buenos Aires, 1949. Editorial Difusión.

Frente a la novelería de tantos eruditos, condenados a ver la Cristiandad como evolución de la Antigüedad, este maravilloso libro de Cochrane nos presenta un linaje de gráfico de la enfermedad mortal e incurable del hombre antiguo y de la exuberancia vital del cristianismo primitivo. La decadencia de Grecia y Roma aparece en su descarnada realidad, no como provocada y empujada desde fuera por las vicisitudes de los tiempos, sino como desarrollo natural de su causa inicial. Los principios van poco a poco llegando hasta las últimas consecuencias, pero la última consecuencia estaba ya contenida en el primer principio. El hombre greco-romano tomó ante la vida una actitud trágica y humanista. Durante diez siglos peleó con denuedo para mantenerse en su postura, sin advertir que el esguince prometeico era un delirio, una enfermedad incurable y fatal. Fué víctima de su propia ilusión: perdió el contacto con la realidad y forjó así una filosofía neurótica. Cochrane sigue a ese hombre en sus evoluciones históricas hasta el momento en que la romanidad, agonizante e impotente, queda aniquilada como filosofía, como ciencia y como historia. El hombre clásico llega al logro de todas sus aspiraciones, y al fin comprueba que también sus aspiraciones eran trágicas y mortíferas, como sus bases ideológicas.

Pero en el instante que señala "la plenitud de los tiempos" aparece en un lejano rincón del Oriente el Cristianismo, poderoso en obras y en palabras, en su doctrina y en su vitalidad, dispuesto a salvar el tesoro real que, a pesar de todo, había reunido el hombre clásico en su delirante afán humanista. Romanidad y Cristiandad aparecen así frente a frente, como dos rivales, encarnadas en dos figuras sumamente simbólicas y sumamente reales: Cicerón y San Agustín.

El ideal ciceroniano estriba en dos conceptos específicamente

clásicos: el imperio y el dominio, la política y la propiedad. Pero el Imperio se constituye en tutor y garantía del dominio, y así queda reducido a la función de Estado policía, condenado a aumentar y consolidar la soberanía mediante la política. Ese ideal que labró la fortuna material de Roma es el mismo que la lleva a la ruina total. En efecto, el Estado, convertido en el gran explotador, tiene que recurrir al fraude y a la violencia para mantener su prestigio y poder. La tragedia se hace cada vez más cruda y la tensión aumenta hasta el estallido. La inmoralidad de la administración no es ya la debilidad humana de siempre, sino una carcoma esencial y sustancial que mata al árbol administrativo desde sus raíces. San Agustín clamará paladinamente: “el Imperio es la explotación de los plebeyos por los patricios: el trabajo es un yugo de esclavos”. Ese concepto clásico del Imperio desintegradó el alma de la sociedad política. Los Emperadores, conscientes de la demoralización y derrotismo del funcionario público, se aprestaron a defenderse de la muerte. Pero la legislación coercitiva, inmensa, incansable, sólo sirvió para hacer más sangrienta la burla de los oprimidos y coloniales, para crear una casuística enmarañada y fraudulenta y una abogacía agusanada e ineficaz, que aceleraron el proceso de descomposición.

La Iglesia aceptó desde el principio su propia orientación. Al principio se limitó a condensar el clasicismo pagano y a afirmar sus propias posturas desde un punto de vista dogmático, con su eterna consigna: “dad al César lo que es del César, pero a Dios lo que es de Dios”. Sin embargo, la doctrina cristiana triunfante reclamaba una justificación racional y una respuesta oportuna a los problemas del hombre clásico. Los ensayos no se hicieron esperar. Pero, hay que notarlo bien, y éste es un gran mérito de Cochrane, ese proceso de la ciencia cristiana se debe a una ley de evolución interior, a la vida misma de la Iglesia y no a contaminaciones o componendas con el clasicismo. San Atanasio, para defender su ortodoxia, se ve compelido a levantar una fábrica doctrinal de la mayor trascendencia. San Ambrosio, acosado por las corrientes políticas, se convierte en un campeón eclesiástico y fija la actitud cristiana. Finalmente, San Agustín, a quien Cochrane dedica 150 páginas densas y apretadas, reclamado por todos los problemas contemporáneos, se convierte en un oráculo y organiza definitivamente una teología, cosmología, ética, noética, vida e historia dentro del estilo cristiano que florece en él prodigiosamente, en oposición a los ensayos clásicos. La ciencia pagana, escéptica o dogmática, cede el puesto a una sabiduría que estriba en principios eternos. San Agustín opone al racionalismo la fe, al orgullo la gracia, al fatalismo la libertad, a la ciudad eterna de los hombres la eterna Ciudad de

Dios. Roma, la ciudad eterna que soñaron Cicerón y Virgilio, empezó a ser una auténtica ciudad eterna, pero en un sentido agustiniano.

El libro de Cochrane va Enriquecido y documentado en los textos mismos originales, pero no es farragoso. Por el contrario, la prosa se desliza suelta, clara y sobria, con excelente gusto, llena de vivacidad y sugerencias, apuntando de cuando en cuando a problemas actuales. Asistimos al espectáculo de la lucha dramática entre romanidad y cristiandad, y a la construcción de esas dos fábricas gigantescas que levantaron el hombre clásico y el hombre cristiano, la Torre de Babel y la Basílica de la Paz.

La traducción de José Carner es también exacta y noble, muy bien ajustada al genio de la lengua española y muy atenta a reflejar los matices y bellezas de la inglesa. La presentación y edición del libro es impecable y magnífica.

P. LOPE CILLERUELO.

PEERS, E. ALLISON: *Historia del movimiento romántico español*. Traducción del inglés por José M.<sup>a</sup> Gimeno. Biblioteca Románica Hispánica. Editorial Gredos. Madrid, 1954, 2 vols., 550 y 708 páginas, 160 pesetas.

Teniendo en cuenta que el libro que nos ocupa fué editado en 1954, esta crítica sale con evidente retraso. Pero si consideramos la importancia de una obra tan relevante —mercedora de todos los elogios— y pensamos que su aparición en nuestro idioma puede seguir siendo ignorada por muchos aficionados, creo que bien vale la pena referirnos a ella una vez más.

El movimiento romántico español no había sido tratado por los especialistas con la extensión y profundidad que el tema reclamaba. Fuera de aquellos trabajos de indudable mérito, en los que se estudiaban determinadas figuras de dicho movimiento, y de las historias sobre nuestra literatura, en las que sólo se atendía a la obra de los diferentes autores, juzgados aisladamente, me atrevería a decir que nadie —si exceptuamos a Guillermo Díaz-Plaja, con su aménísima y por todos conceptos estimable *Introducción al estudio del romanticismo español* (1936)— había escrito, hasta ahora, una obra que abarcase todas y cada una de las manifestaciones de esta tendencia literaria en España.

Fué en 1940 —después de veinte años de paciente y escrupulosa labor— cuando Allison Peers publicó su *Historia del movimiento*

*romántico español* (1). Ayudado eficazmente por un competente grupo de colaboradores, había dado fin a un trabajo que exigía una dedicación absoluta y un amor sin límites.

El libro en síntesis —vamos a concretar con ayuda del Indice la intención del autor— desarrolla las incidencias del romanticismo español a través de su historia afirmando primeramente que España es un país romántico por naturaleza. “La literatura española, como el temperamento español, es, pese a toda su manifiesta preocupación por la vida real, “romántico por los cuatro costados” (2). Pasa a estudiar en seguida el Siglo de Oro, “época esencialmente romántica por el predominio del entusiasmo y la inspiración en su literatura, y desprecio de la forma, sobre todo en la novela y en el teatro”.

“Cuando el Siglo de Oro toca a su fin, el romanticismo y la inspiración desaparecen de la literatura española.” El neoclasicismo domina el país, y tras un paréntesis, que dura aproximadamente ochenta años, aparecen la rebelión y el renacimiento romántico, los cuales, y a pesar de darse en ellos todos los elementos necesarios, demoran su cristalización por razones de orden político y por la debilidad intrínseca del movimiento romántico español.

Los capítulos II y III comprenden el período que va de 1800 a 1837. El primero está dedicado al renacimiento romántico: sus orígenes nacionales e influencias extranjeras; los dos principales jalones (controversia Böhl-Mora y aparición de *El Europeo*); el renacimiento de las literaturas del Siglo de Oro y medieval; y la participación de los focos provinciales que, en general, fueron más adictos al renacimiento que a la rebelión. El segundo estudia la rebelión romántica: sus causas; su evolución; influencias extranjeras; la rebelión en el teatro y en la poesía lírica y narrativa; y su apogeo.

Peers señala que “es frecuente referirse al movimiento romántico desarrollado en España diciendo que acabó de despuntar con brote repentino, cuando no que nació con la vuelta de los emigrados de 1833-34”; y añade: “[esta fraseología] aunque no siempre incompatible con los verdaderos hechos, encierra la insinuación de que los emigrados descubrieron el romanticismo en el extranjero y lo llevaron a España, donde era inédito, [cuando la verdad] es que llevaron a España menos espíritu romántico del que en ella había ya”. Porque una cosa es que ciertos autores de otros países pesasen en la producción romántica española, y otra muy distinta

---

(1) El mismo Díaz-Plaja, anuncia jubiloso, en nota a la segunda edición de su libro antes citado (Espasa-Calpe, Madrid, 1942), la aparición en Inglaterra de esta obra a la que calificaba de monumental y detalladísima.

(2) Tomo II, pág. 572.

creer que el romanticismo fué en nuestra Península un producto importado.

“Por lo común, este erróneo concepto se debe a un conocimiento deficiente de los hechos del renacimiento romántico o a lo que hemos de considerar una falsa manera de entender el romanticismo en conjunto: su identificación con la rebelión, con la anarquía, con “el liberalismo en literatura”.

“Cuando se contempla el movimiento todo en su verdadera perspectiva, se advierte que el renacimiento romántico es, con mucho, la más ancha de las dos corrientes que durante tanto tiempo discutieron paralelamente en la historia de la literatura española. El renacimiento es, principalmente, una evolución nacional. Sin embargo, en él desempeñan las influencias extranjeras un papel nada despreciable, pero que se ha presentado como más importante de lo que realmente es, no siendo los críticos españoles los que menos han seguido este proceder. En muchos casos, la errada idea se debe, sin duda, al hábito, tan general en España, de menospreciar los méritos de los propios compatriotas” (3).

Respecto a la rebelión, dice Peers que en esencia es más nacional aún en sus orígenes que el renacimiento; y que mientras las influencias extranjeras sobre este último emanaron de Inglaterra, Francia, Alemania e Italia, la rebelión, en cambio, apenas si experimentó dichas influencias, salvo la de dos autores franceses de primera categoría y uno, o a lo más dos, ingleses. A esta influencia directa debe sumarse la popularidad de escritores secundarios y también una especie de influencia colectiva “ambiental” de Inglaterra y Francia sobre los emigrados españoles, que sin duda intensificó la violencia de la rebelión; aunque se resista sobremanera a dejarse calibrar (4).

El capítulo IV, con que da comienzo el tomo II, explica el fracaso del movimiento romántico y razona los motivos del mismo. Ello no quiere decir que no quedasen señales de su paso; “antes al contrario su puesto en la literatura española del siglo XIX es grande. El romanticismo está demasiado hondamente arraigado en el temperamento español para que cualquier movimiento romántico, por leve que sea, no deje huellas que apunten a una manifestación de importancia muchísimo mayor. Lo que aconteció fué que el “movimiento” romántico se derrumbó ante el empuje de un ideal [el eclecticismo]; que jamás tuvo ninguna unidad ni vigor; y que como fuerza constructiva y militante, como “escuela o entidad consciente, no existió nunca. Se aceptó la libertad que trajo consigo; per-

---

(3) Tomo I, págs. 144-5.

(4) Tomo I, pág. 372.

sistió el ímpetu patrio al que en gran parte se debe su penetración; pero el movimiento como tal carecía de cohesión, hasta el punto de que a escritores que en 1835 se identificaban con los románticos, se les ve, cinco o diez años después, señalar patéticamente las virtudes del bando opuesto” (5).

El capítulo V, se refiere a la aparición y triunfo del eclecticismo. Peers declara en el prólogo —después de dejar bien sentado que, salvo excepciones, nada en absoluto se ha dicho sobre este movimiento que llegó a desbordar al romanticismo y, en apariencia, aunque no en realidad, casi lo arrolló— “que en rigor el eclecticismo fué, con mucho, el fenómeno literario más importante de la primera mitad del siglo XIX.

“Este nuevo movimiento aspiraba a establecer un “justo medio”, a tomar de los ideales clásico y romántico lo que consideraba elementos de máximo valor y estabilidad, a suavizar las abierta antítesis entre aquellos ideales y a reconocer solamente la distinción entre arte y falta de arte, entre genio y carencia de genio, entre lo bueno y lo malo.”

“Los rasgos del eclecticismo del siglo XIX más significativos, si bien menos reconocidos, son la fecha relativamente temprana en que empezó a manifestarse y el carácter seguro y gradual de su desenvolvimiento. El movimiento ecléctico se originó casi al mismo tiempo que el movimiento romántico; el lema del “justo medio” se formuló en España años antes del “liberalismo en literatura” o de cualquiera de las consignas dictadas desde la otra vertiente de los Pirineos; muchos autores y documentos generalmente considerados románticos eran en rigor eclécticos. Así, pues, el eclecticismo no constituyó una fórmula intermedia adoptada apresuradamente entre dos ideales opuestos, con cada uno de los cuales tenía relación. Fué un proceso evolutivo lento e interno, una influencia largo tiempo presente en la literatura, que se hizo sentir cuando era forzoso que se sintiera y que, puesta de manifiesto, arrastró consigo a todos” (6).

El capítulo VI desarrolla la pervivencia del romanticismo (1837-60) en los diferentes géneros literarios. El capítulo VII, tras una ojeada retrospectiva, define las características primarias y secundarias del romanticismo español. Y, por último, el capítulo VIII sigue los pasos del romanticismo desde 1860 hasta poco más allá de la llamada “generación del 98”.

El libro se completa con una serie de apéndices —trece en total— a modo de notas ampliativas de puntos tratados en la obra.

Deliberadamente me he extendido en las referencias, ya que a

---

(5) Tomo II, pág. 11.

(6) Tomo II, pág. 95.

través de ellas, y por primera vez, se muestran los hechos en su adecuada dimensión, mientras caen por tierra muchas de las aseveraciones que han venido figurando en diversos libros y escritos.

Entre la ininterrumpida sucesión de acontecimientos literarios, hábilmente mezclados con opiniones de, en su mayoría, destacados escritores y críticos —da la impresión de un todo salido de la misma pluma—, Peers no ha formulado ninguna afirmación que no vaya probada documentalmente, ni un juicio aventurado. Sus conclusiones son siempre lógicas, prudentes y medidas.

Sin pretender ser exhaustiva, aunque poco le ha faltado para ello dentro de una visión de conjunto, esta obra ha llegado tan lejos, que aun estudiada con un criterio riguroso pero justo saldría indemne de la prueba. No obstante, su autor, exigente consigo mismo, investigador inquieto y nunca satisfecho, señala en el prólogo que la obra constituye no tanto el término de veinte años de trabajo sobre un movimiento complejo, pero apasionante, como la primera etapa de unos estudios que podrían ocupar durante otros veinte años más. El incentivo que con su obra brindada Díaz-Plaja para un estudio demorado del fenómeno romántico, vuelve a ser esgrimido en la suya por Allison Peers. Aunque justo es reconocer que las oportunidades para futuros trabajos se presentarán muy escasas de ahora en adelante.

Una vez más, alguien nacido fuera de nuestras fronteras llena con su aportación las abandonadas lagunas de nuestra riqueza literaria. Junto al humano sentimiento de que tal esfuerzo no lleve la firma de un español, vaya mi público homenaje al ilustre hispanista que con prueba tan evidente nos ha dado una lección de amor a España.

F. LÓPEZ-MONTENEGRO.

BUYTENDIJK, F. J. J.: *La mujer*. Ed. "Revista de Occidente", 23 × 17, 213 págs., 90 pesetas.

El tema de la mujer parece cobrar intensivo interés. Se escribe de ella más que del "hombre", sin duda porque se la conoce menos.

El libro de Buytendijk es excelente. Uno de esos libros "con los que hay que contar en adelante", cuando se quiera escribir sobre este tema. Es, en realidad, una filosofía de la femineidad, escrita desde una posición plena de la filosofía existencial, con serenidad, seguro criterio católico y riquísima profundidad de análisis. No se trata de una obra ligera de superficialidades y anecdótario, sino de un estudio profundo y serio.

En el curso de su desarrollo se encuentra inevitablemente con la obra de Simone de Beauvoir, a la que reconoce su mérito indiscutible, pero descubriendo su enfoque de protesta y resentimiento en su filiación existencialista sartriana. Buytendijk sabe hacer su refutación a veces, y sobre todo su complementación trascendente.

Igualmente se encuentra con el concepto psicoanalítico de la mujer desarrollado por Helene Deutsch, en el que ve la limitación de una visión demasiado simplista. Esta autora define la "naturaleza" de la mujer como "pasiva-masoquista", pero Buytendijk sabe descubrir en "la elección del dolor" el aspecto de la búsqueda de un bien trascendente en ese dolor, lo cual desborda el alcance psicoanalítico, para introducirnos en una visión religiosa del mismo. Muestra así un gran fallo del psicoanálisis. Esta teoría, al reducir los fenómenos vitales a unas cuantas tendencias con nombres "psicoanalíticos" limita y reduce la visión del hombre mismo. En él se dan otras fuerzas y otras tendencias mucho más ricas; cuando éstas no son tenidas en cuenta, una de dos, o se las califica con los mismos términos simples, que pierden con ello su valor calificativo y siembran la confusión, o se niegan, negando con ello la misma realidad humana: "Lo que falta en el psicoanálisis es el análisis de la existencia misma" (pág. 167), puede decir con toda razón.

Es notable la parte dedicada a "La forma femenina de la existencia", en la cual desarrolla un fino y profundo examen de las dos formas que tiene el ser humano de realizarse, una de intencionalidad, de agresividad e intento de cambio del mundo circundante, que que constituye el "homo faber", la peculiaridad masculina, y la otra "cuidadosa", de atención y conservación de dicho mundo, de convivencia con él, que caracteriza lo femenino. Ambas pueden ser adoptadas por el mismo ser humano, confirmado con ello la idea de que todo hombre lleva en sí mismo y puede desarrollar las potencialidades de ambos sexos, afiliándose a uno de los dos —independientemente de lo anatómico, claro es, en un sentido de forma de existencia, de inserción en el mundo— por el predominio de una de las dos. No intenta Buytendijk estudiar a *las mujeres* o a *los hombres*, sino *lo femenino* y *lo masculino*, que lleva a un grado de gran valor.

La traducción es digna de aplauso, dado lo difícil de la terminología de esta clase de obras. Su lectura es muy importante para cuantos se preocupan y se ocupan de esta clase de temas, en los que tanto sigue diciéndose y pensándose, sin más fundamento que una tradicional vulgaridad, absolutamente exenta de ciencia y de cuidadosa observación.

P. CÉSAR VACA.

NIETO NIETO, G.: *Sicología de la mujer*. Ed. "Lux". Barcelona, 14 × 21,5, 272 páginas; en tela, 110 pesetas.

La coincidencia del tema con el anterior me hizo leer este libro al mismo tiempo y lo siento, porque los graves defectos del mismo tal vez no hubieran resaltado tanto.

Se trata de una obra que quiere ser de divulgación, y lo que sugiere es solamente una reflexión sobre lo que esto debe ser. Se confunde muchas veces, por desgracia, divulgación con superficialidad y acúmulo de noticias y datos. Divulgar no está reñido con la profundidad y solamente quien es capaz de ahondar y posee conocimientos vastos puede luego presentarlos con sencillez. Divulgación, por otra parte, se contrapone a farragosidad de tecnicismos. Valga un ejemplo tomado al azar, abriendo el libro por cualquier sitio: "En todo este recorrido sensitivo consciente volitivo motor muscular se producen mil interferencias; actúa la inducción, el magnetismo, el imán atractivo y repulsivo, que produce la tensión e hipotensión del potencial, debido al sistema endocrino, que encauza el metabolismo general y particular por intermedio del sistema neurovegetativo..." (pág. 39).

Lamento no poder decir de este libro, como alabanza, sino que está muy bien presentado, que es "limpio" en su contenido, a pesar de lo tentador que es siempre este tema y que el autor demuestra muy buena intención.

P. CÉSAR VACA.

SERTILLANGES, D., O. P.: *El Orador Cristiano*. Tratado de predicación. Ediciones Studium de Cultura. Madrid-Buenos Aires, 1955, 436 págs., 70 ptas.

He aquí, amigo lector, un libro de oro (y no tomes esta vieja frase como uno de tantos tópicos elegido para salir del paso), un libro de oro escrito por uno de los más grandes y elocuentísimos oradores de nuestros tiempos, conocedor profundo de su arte y brillante didacta del mismo. *El Orador Cristiano* es un libro en el que su autor ha puesto su inteligencia privilegiada y su corazón de apóstol, produciendo así un magnífico y acabadísimo tratado de oratoria cristiana que ningún sacerdote, consciente de su obligación evangelizante y salvadora de almas, debe dejar de leer y consultar, porque este libro es el mejor maestro y guía del orador sagrado. Léase con atención e interés esta obrita magistral de Sertillanges, y desaparecerán de la cátedra sagrada los mil y un defectos de que adolece y

que se están generalizando más y más cada día, desvirtuando su eficacia y alejando del templo a tantas y tantas almas que, atraídas por la magia de la verdadera elocuencia, podrían ser ganadas para Dios, como Agustín cayó en las redes de la gracia seducido por la elocuencia de San Ambrosio. Para nadie es un secreto que nuestro púlpito está necesitado de una depuración que haga desaparecer del mismo el cuentecillo sensiblero, preparado para arrancar lágrimas, y no de amor ni de arrepentimiento; la verborragia pirotécnica, exuberante de frases rebuscadas y huera de doctrina; las improvisaciones temerarias e irrespetuosas, sin pies ni cabeza; la falta del respeto que el sacerdote se debe a sí mismo, al público y a la palabra divina; el exhibicionismo inverecundo y el ansia incontenida de popularidad, tan indigna de los discípulos de Aquel que “no vino a buscar su gloria”; y sobre todo la carencia de celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas, sin el cual no habrá nunca auténtica elocuencia cristiana, y con el cual, en cambio, aun careciendo de otras dotes, el ministro del Señor puede, como el Santo Cura de Ars, superar la elocuencia de los más acreditados oradores. La obra del P. Sertillanges es, por otra parte, una obra de agradable lectura, que no se sabe dejar de la mano una vez que se le ha dado comienzo. No obstante ser una traducción (y bien sabemos que sufren los libros al verterlos a otros idiomas), se lee con verdadera fruición. No tiene nada de la aridez, tan común y desesperante, de la mayoría de los tratados didácticos. El autor se ha servido para su elaboración, aún más que de su ciencia y experiencia, de su corazón de apóstol, enamorado no sólo de Dios y de las almas, sino también de la misión taumatúrgica, evangélica, conmovedora y conquistante del “verbum vitae”, expuesto a las multitudes con la máxima de las elocuencias: la del amor, sin la cual el predicador no pasará de ser, como decía San Pablo, “bronze que suena o címbalo que tañe”. Además, la obra del P. Sertillanges supera a los demás tratados de oratoria conocidos porque al escribirla no ha perdido nunca de vista a los lectores a quienes particularmente la dirige. Y si para Catón y Quintiliano el orador era “vir bonus”, para el P. Sertillanges es “vir sacer”, y por lo mismo no descuida, ni mucho menos, que, antes de ser orador, debe ser sacerdote. De ahí su preocupación en la formación de éste, cosa que se advierte a lo largo de toda la obra, y en especial en los capítulos III y VII. Por eso la obra del P. Sertillanges, tanto más que un tratado de elocuencia, lo es de sacerdocio. Lee este libro, Sacerdote del Señor, y darás gracias al Cielo de haberse proporcionado una obra como ésta, y bendecirás la pluma que tantas y tan sabias páginas ha escrito.

P. M. MUCIENTES.

LUMBRERAS, P. O. P.: *Praelectiones dogmaticae in secundam partem D. Thomae. VIII, De Spe et Caritate*. Madrid. Ediciones Studium, 1955, 22 × 15 cm., 256 págs.

Como el anterior que reseñamos, el libro está dividido en secciones, capítulos y números. La sección I trata de la esperanza, como indica el título del libro; su esencia, objeto, sujeto "cui" y "sub quo". La esperanza como virtud teologal; su certeza, la cual prueba por los tradicionales argumentos de la Sagrada Escritura, Magisterio de la Iglesia y Razón. La sección II trata el autor del don de temor en todas sus facetas: mundano, servil, filial... y, siguiendo paso a paso a Santo Tomás, como hace siempre el P. Lumbreras, lo encarna en la 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> bienaventuranza. Trata en la sección III de los vicios opuestos a la esperanza. Todas estas partes son acertados comentarios a la *Suma*, hechos con acierto y solidez de estilo y pensamiento.

La segunda parte de la obra está dedicada a la caridad, siguiendo el mismo orden de la *Suma* y el mismo orden también que en la parte anterior, en las divisiones de la obra. Trata con la debida extensión, aparte de las nociones obligadas sobre esta virtud, del aumento de la caridad: modo, tiempo, medida de este aumento, disminución y pérdida de la misma. En la sección II trata del objeto de la caridad, y en la III de la caridad como *acto* en todas sus manifestaciones. Es interesante en esta parte el esquema, muy completo, que pone en la página 159, sobre las catorce especies de limosna, en relación con los siete defectos corporales, a cuyo remedio tiende la limosna. En la sección IV expone los vicios opuestos a la caridad y en la V los preceptos de esta virtud.

Es un tratado profundo, sistemático y completo en cuanto cabe en la extensión de la obra. Buena tipografía; bien separadas las distintas partes de la obra, así como también destacadas las cuestiones más importantes, con títulos, subtítulos, etc., que dan facilidad para su lectura, con un léxico escogido, casi rebuscado a veces, en perjuicio quizás de la claridad en algunos casos.

Su lectura llevará al lector como de la mano a través de la *Suma*, para facilitar más y más su comprensión. Conocida la finalidad de la obra podemos decir que está plenamente realizada. Ya hemos indicado anteriormente que van dirigidos estos libros principalmente a los alumnos que se preparan a los grados académicos y, por tanto, exige, más que un tratado extenso, una especie de guión de las cuestiones principales del programa. Un tratado completo de estas virtudes exigiría más extensión, especialmente en lo que se refiere a la caridad.

P. L. GONZÁLEZ.

CAPÁNAGA, FR. VICTORINO, O. R. S. A.: *San Agustín. Semblanza biográfica*. Ediciones "Studium". Madrid, 1954, 20 × 14 cm., 210 páginas.

El P. Capánaga tiene siempre la gracia de decirnos cosas nuevas cuando habla de San Agustín. Aun a los que estamos más o menos metidos en la selva de hechos y motivos agustianos nos sorprende siempre con algún grato detalle que tenemos que recoger. No en vano tiene una larga carrera de especialista y otros largos trabajos biográficos y doctrinales sobre San Agustín.

En esta *Semblanza biográfica*, sin aparatos técnicos ni disquisiciones históricas, nos narra rápidamente, con su cálido y vibrante estilo, los hechos y momentos principales de la vida de San Agustín. Cada afirmación va avalada por una cita expresa y selecta de las Obras del Santo, prueba evidente de su contacto inmediato con ellas y de que son ellas la fuente ideal y principal. Sobre este dato agradable está otro nuevo, que es el de darnos un Agustín vivo, que "adhuc loquitur", que todavía habla, lo mismo que hablaba a los antiguos, a nosotros hombres de hoy, tan maniqueos, donatistas y pelagianos como los de entonces.

Partiendo del Agustín alma de fuego, siguiendo con paso cierto los principales momentos de su vida y proyectando al fin la figura de Agustín sobre los tiempos actuales, nos hace el retrato completo del "Augustinus amabilis", que decía Merejkowski, y con cuya referencia explícita termina esta *Semblanza* el P. Capánaga.

¡Ojalá que estas biografías sencillas, pero exactas, contribuyan eficazmente a darnos pronto la Biografía grande, crítica y actual, que necesitamos, de la Vida y Obras de San Agustín!

P. R. FLÓREZ.

WHITE, VÍCTOR: *Dios y el Inconsciente*, con un Prólogo de C. G. Jung. Editorial Gredos, Madrid, 1955, 385 páginas, 14 × 20 cm., 70 pesetas.

El libro consta de tres partes, a cual más interesantes, aunque sean de muy diversa proporción. Un prólogo de C. G. Jung, de inmenso interés, tratándose precisamente de un libro, en el cual se estudian sus propias teorías, en su relación con la teología católica. La segunda está compuesta por varios ensayos del P. White, dominico inglés, que da unos pasos muy seguros en el campo enmarañado de la psicología profunda, en su contacto con lo religioso.

La tercera es un apéndice del P. Gebhard Frei S. M. B., sobre "Método y Doctrina de C. G. Jung". Yo aconsejaría a los lectores no muy versados en estos temas que comenzasen el libro por este Apéndice, que precisa con claridad muchos conceptos necesarios para entender otros más oscuros, que encontrará en los otros capítulos.

El libro me ha parecido excelente, especialmente si se considera la dificultad del empeño. Y creo que ha sido una suerte que el intento haya salido de un dominico, es decir, de un genuino escolástico tomista. Porque una de las dificultades supremas para entenderlos quienes estamos en uno de los campos de la psicología moderna o de la teología es la diferencia de contenido que damos a los mismos términos. Con razón advierte el P. White en el dintel del libro: "*El obrero de las fronteras entre religión y psicología debe ser bilingüe y ningún diccionario podrá ofrecerle el equivalente exacto de los dos idiomas que debe manejar ... Hay una gran diferencia, difícil de salvar, entre el mundo del psicólogo empírico, acostumbrado al estudio y método científicos, y el del experto filósofo o teólogo, cuyos procesos mentales, aunque no menos disciplinados, llevan un curso diferente. Y, cuando se han llegado a dominar los dos idiomas, apenas si ha empezado la labor del intérprete*" (pág. 12).

Sin embargo, esta dificultad no puede hacernos abandonar el esfuerzo de un diálogo y de una inteligencia. Cada día estamos comprobando que el psicólogo y el moralista se encuentran en el campo común de las conciencias humanas, a las cuales tratan de ayudar. Pero en el objeto de este libro la coincidencia es, si cabe, más importante. La Psicología Analítica de Jung se ha convertido en una Psicología de la Religión, porque los hallazgos de este notable investigador son tantas veces religiosos y están tan llenos de sugerencias para la historia de las religiones, para la interpretación del fenómeno religioso del hombre, que el teólogo católico no puede permanecer indiferente ante estas ideas.

Naturalmente, el P. White no ha hecho una obra definitiva, ni lo ha pretendido. Su libro no es ni siquiera sistemático, pero es una notable contribución a este trabajo tan necesario pero tan asustante por su magnitud y complejidad. Creo que no ha llegado aún el momento en el cual pueda escribirse ese libro completo, porque la confrontación y retoque de conceptos tiene muy largas consecuencias, que no pueden ser abordadas a la vez. Estamos en tiempo aún de pequeños intentos, de ensayos, de exploraciones que vayan preparando el terreno para quienes, más adelante, puedan emprender una obra de conjunto. En este sentido "*Dios y el Inconsciente*" es una obra notable, que no se podrá dejar sin su puesto.

Respecto a su utilidad inmediata, la creo desde luego interesante para los sacerdotes que se interesen por los problemas de la psi-

cología religiosa actual. Pero todavía es más interesante para los psicólogos, psiquiatras, etc. Ellos conocen bien la obra de Jung, pero no saben las implicaciones religiosas que suscita. El P. White ha pensado en ellos, estableciendo ya ciertos jalones, que sirvan de orientación e impidan, en la maraña y problemática de las observaciones sorprendentes, la desorientación de los principios teológicos de la religión.

P. CÉSAR VACA.

**DOBBELSTEIN, HERMANN:** *Psiquiatría y Cura de Almas*. Editorial Herder, Barcelona, 1955, 164 páginas, 14,4 × 22,2 cm. En rústica, 34 pesetas.

Se trata de un libro eminentemente práctico, escrito por un psiquiatra, que huye de todo alarde de erudición y no piensa más que en adoctrinar a los sacerdotes para facilitarles la cura de almas de los enfermos mentales. Su gran experiencia y dominio en la materia hace que sus capítulos sean lecciones claras, llenas de amabilidad —que el traductor ha sabido conservar muy bien— y suficientes para lo que los confesores y directores espirituales necesitan.

Su contenido está reducido a la Psiquiatría "stricto sensu", es decir, a las psicopatías, y sobre ellas dice todo cuanto necesita el confesor ordinario que no pretenda especializarse en estas cuestiones. Es, por consiguiente, uno de esos libros que resuelven la pregunta tan frecuente: "¿Qué me aconseja usted para enterarme de cuestiones de psiquiatría?" Este libro le da la respuesta. Si después quiere ampliar sus conocimientos, acúdase ya a los tratados extensos.

Por otra parte, su sentido católico y las recomendaciones a los confesores, que esmaltan la exposición, le penetran continuamente de su orientación pastoral.

La traducción es muy buena y la presentación también.

P. CÉSAR VACA.

**LORSON, PEDRO, S. I.:** *El misterioso futuro de las almas y del mundo*. Madrid. Ediciones Studium, 1955, 19 × 12 cm., 164 págs.

Versión castellana de F. Aparicio, S. J. Libro de palpitante actualidad. Los acontecimientos políticos y el confusionismo ideológico.

gico, en todos los órdenes, han hecho que las almas vuelvan cada día más sus ojos hacia los problemas de su último fin. Los novísimos del hombre han pasado a primer plano y son muchas las almas que se interesan con vivas ansias por estos trascendentales problemas. El P. Lorson ha querido recoger este ambiente y situarlo en el plano que debe colocarse para que las almas no se extravíen. “*Los hombres gustan de recordar al pasado... ¿no sería más lógico, más importante, más interesante, en vez de exhumar nuestro pasado, encarnarnos con nuestro futuro?*” Este interrogante, que abre el libro del P. Lorson, bastaría para hacerlo interesante, aunque no tuviera además un estilo vibrante, actualísimo, como lo tiene el autor. El paso del tiempo a la eternidad es tan trascendental que inquieta a todos los que saben sentir lo que son. Especialmente inquieta e intranquiliza a muchas almas excesivamente preocupadas de su futuro, crucificadas por una serie de dudas insolubles para ellas. Pero no escribe el autor este libro para ellas solas. Es un libro no de mera vulgarización. Este libro es algo más. Se dirige al público de cierta cultura también, pero presentando el problema de su fin último de un modo atrayente. No es el clásico tratado de novísimos, que infunde terror desde sus primeras páginas, con un tono oscuro y misterioso. Presentando los problemas de los novísimos del hombre en toda su realidad, el P. Lorson sabe hacer su tratado interesante, en forma nueva. Los sacerdotes y todos cuantos se dedican al apostolado podrán encontrar en este libro un modo de proponer estos problemas, acomodado a nuestros tiempos.

P. L. GONZÁLEZ.

Rossi, GIOVANNI: *Hombres que encontraron a Cristo*. Traducción del R. P. Pedro Hernández, C. M. F. Ediciones Studium. Madrid, 1954, 277 págs.

En 1954, se publicó en España *Hombres que vuelven a la Iglesia*. Reunía dicho volumen, ordenado por Severin Lamping, una serie de breves escritos originales en donde sus autores exponían la historia de su conversión.

Aparece ahora, en nuestro idioma, *Hombres que encontraron a Cristo*, que viene a ser como una continuación de aquél. Las conversiones han sido vistas esta vez por la pluma de Giovanni Rossi, quien, a través de contactos personales con los protagonistas o tomando como referencia libros y “diarios”, así como interviús y co-

rrespondencias aparecidas en periódicos y revistas, ha confeccionado una síntesis de las mismas.

Dentro de la obligada concisión de sus relatos, acierta a dar, con rasgos precisos, una idea lo más exacta posible de la transformación espiritual en los modelos presentados.

El hecho de que la traducción haya coincidido con la octava edición de este libro, dará fe del éxito del mismo en su país de origen.

Para que sirva de orientación a los lectores, añadiré que de los 38 personajes del presente volumen, ninguno figura entre los que desfilan por las páginas de *Hombres que vuelven a la Iglesia*.

F. LÓPEZ-MONTENEGRO.

ADAMS, ELISABETH LAURA: *Sinfonía negra*. Ediciones Studivm, Madrid, 1955. Traducción y prólogo de Felipe Ximénez de Sandoval. En rústica, tamaño 13 × 20 cm., 166 páginas.

En una labor de crítica literaria, en donde necesariamente hay que leer de todo, nos encontramos con obras que quizá habrían pasado para nosotros inadvertidas y que nos compensan del inevitable empacho de ciertos platos que suelen presentarse con frecuencia.

Este es el caso de *Sinfonía negra*, de Elisabeth Laura Adams, editado por Studivm, con prólogo y una muy buena traducción de Felipe Ximénez de Sandoval. La autora, de raza negra, nacida en los Estados Unidos, nos narra su vida —que ha rebasado ya la cuarentena— con un estilo sencillo, ameno, lleno de ternura; en donde el humor y la delicadeza de sentimientos alternan con detalles de observación plenos de agudeza y penetración psicológica.

Se inicia esta *Sinfonía* con un ritmo lento y suave de existencia feliz. Son páginas dedicadas a su infancia y primera juventud, que abarcan la mayor parte del libro y pertenecen a la buena escuela de los “Tom Sawyer”, “Gyurkovics” y “Tom Brown”, vistos esta vez con ojos femeninos.

En los capítulos finales, el ritmo se quiebra y la armonía se hace disonante. Ha llegado el momento de enfrentarse con un mundo hostil donde los débiles perecen. La sólida formación moral recibida la hace apta para la lucha, pero la lucha es dura. No se puede esperar contra toda esperanza; hay que buscar un ideal fuera de lo terreno. Durante el proceso y logro del intento, asistimos a sus dudas y vacilaciones y presenciamos su completa transformación espiritual.

En la Iglesia Católica ha encontrado la Paz. Pero ella sabe que

el camino que le queda por recorrer es largo y hay que perseverar. Sus últimas palabras son para la Virgen, en súplica fervorosa para que nuestra Madre la conforta y mantenga en la Fe.

Debemos confesar que, a nuestro juicio, el final resulta precipitado. Hubiésemos deseado que ahondase más en su vital problema interno; que no se perdiese en detalles interesantes de por sí, pero que no constituyen la médula de su conversión. Cuando cerramos el libro, sentimos que algo se nos ha escamoteado, que no bastan esas escasas pinceladas para que el cuadro resulte satisfactorio. Y ésa es la parte débil de la obra.

Con todo, ¡qué gran *Sinfonía* la de esta mujer! Lástima que su mensaje no prenda en lo más hondo de aquellos que, tan inferiores a ella en virtudes, mantienen su racismo desde la oscuridad de sus corazones, que es la “negrura” que verdaderamente importa.

F. LÓPEZ-MONTENEGRO.

XIMÉNEZ DE SANDOVAL, FELIPE: *Camino de Compostela*, leyenda de romeros, en tres jornadas, en verso. Ed. Studium de Cultura. Madrid-Buenos Aires, 1954, 220 págs., 40 ptas.

Desconocemos en absoluto las razones que haya tenido el jurado para no conceder el premio a esta obra de Sandoval, presentada a certamen en 1948 con motivo del Año Santo. Bien pudieran haber sido éstas la prodigalidad de sucesos sobrenaturales, el diálogo poco flexible, la exuberancia elocutiva de los interlocutores, recargada de metáforas y figuras retóricas impropias de su condición, y sobre todo el transparentarse demasiado visiblemente el alma lírica del autor a través de todos y cada uno de los personajes. Sin compartir ni refrendar en todo cada una de estas posibles suposiciones, nos inclinamos a creer que *Camino de Compostela* difícilmente hubiera triunfado en las tablas, ya por los reparos apuntados arriba, ya por la heterogeneidad de ideas y gustos de los “habitantes” al teatro. Tal vez ante un público selecto y preparado para apreciar las bellezas de esta clase de dramaturgia religiosa y legendaria, pudiera sostenerse en la escena durante algunas representaciones. En mi opinión, habría sido mejor que Sandoval se hubiera limitado a darnos un poema de la leyenda y santoral, de carácter narrativo, simplificando personajes y hablando por cuenta propia, para lo cual le sobran alicientes, fantasía e inspiración. Fragmentos hay, y en abundancia, en esta obra que atestiguan lo que decimos. El Camino de Santiago, esa galaxia de tradiciones y milagros, de poesía y santidad, de ro-

meros y juglares, de santos y penitentes, de caballeros y princesas, le ofrecía un amplísimo campo para lucir sus dotes de poeta, su numen cristiano y español como el de Zorrilla, su temperamento eminentemente lírico y su facilidad en el montaje de la variadísima métrica castellana, desde el román paladino de Berceo y las serranillas de Santillana, pasando por las aladas liras de San Juan y Fray Luis y las gallardías del Romancero, hasta las más felices aportaciones de la metrificación moderna. Creo que de haberse limitado Sandoval al terreno lírico-narrativo, *Camino de Compostela* hubiera resultado una obra acabada.

P. M. MUCIENTES.

AYALA, FRANCISCO: *Historia de macacos*. Revista de Occidente, Madrid, 1955, 155 páginas, 13 × 18,5 cm., 30 pesetas.

*Historia de macacos* es el título del librito editado por la *Revista de Occidente* y que da nombre al primer cuento o relato breve de los seis que componen este volumen.

Su autor peca, al tratar este género literario, de falta de amabilidad, exceso de digresión y de un cierto gusto por detalles poco delicados.

“Historia de macacos” es la historia de una sociedad de “animales bípedos”, con las tintas del naturalismo excesivamente recargadas; “La barba del capitán” nos trae el recuerdo de un sucedido —que ya es historia vieja y simple—, puesto, impropiamente, en la memoria de una joven que va a casarse; “Encuentro”, el único relato que se salva, tiene un diálogo suelto, muy “porteño” y con influencias marcadísimas —sin duda intencionadas— del tango arrabalero y de la milonga; “The Last Supper”, pese a su brevedad, chabacano; y “Un cuento de Maupassant” y “El colega desconocido” —las dos últimas narraciones— ponen un broche de pesadez con dos temas desvaídos, en los que se pretende filosofar con las consecuencias que ustedes pueden suponerse.

F. LÓPEZ-MONTENEGRO.